



RAFAEL DE URBINO.



Rafael Sanzio nació en la ciudad de Urbino, capital de un ducado que formaba parte de los dominios de la Iglesia. Juan Sanzio su padre fué pintor, y le hizo dedicarse desde la infancia al mismo arte; pero viendo los rápidos progresos del jóven Rafael, quiso darle por maestro el mejor profesor que entonces habia, y lo condujo á Perugia donde le hizo entrar en la escuela de Pedro Vanucci, llamado el *Perugino*.

Este fué el último pintor célebre del siglo XV. Conservaba aun aquella especie de simplicidad primitiva y su candidez religiosa, que despues cedió su lugar á cualidades de ejecución mas brillantes aunque á nuestro modo de pensar menos puras y en cierto modo mas profanas. El color de dicho maestro era claro sin ningun abuso, y aun sin ningun estudio en las mezclas; sus composiciones eran de una regularidad que prendaba la vista facilmente, su dibujo esmerado si no era fino y armonioso, sus espresiones eran contemplativas y tranquilas. Rafael se modeló prontamente sobre estos ejemplos por una especie de simpatia instintiva que le impelia á imitar con preferencia todas las formas cuya gracia, verdad y dulzura constituían la principal belleza. Hallándose en Perugia, y antes de llegar á la edad de 17 años, compuso varios cuadros, en los cuales al paso que conservaba el estilo del *Perugino*, daba ya á sus obras mas animacion y movimiento. Por entonces concurrió con Pinturricchio,

Segunda série.—TOMO II.

otro discípulo del *Perugino*, á decorar con frescos la biblioteca que sirve hoy de sacristia á la Catedral de Siena.

En los primeros años del siglo XVI se habia formado en Florencia un foco revolucionario que cambió la faz de las artes. Leonardo Vinci que habia nacido muchos años antes en aquella ciudad, se hallaba entonces en el apogeo de su reputacion: distinguianse sus obras por un trabajo á la vez mas estudiado y mas gracioso que el de los artistas que le habian precedido, y parecia trazar una nueva senda. Miguel Angel que se hallaba en la flor de su juventud, y que hasta entonces solamente se habia distinguido por su cincel, escedió repentinamente á Leonardo Vinci por la ejecución de su carton de la *Guerra de Pisa*, en el que la habitud de la anatomía y la direccion particular de su genio, le permitieron hacer brillar todo lo mas maravilloso, difícil y profundo que encierra la ciencia del dibujo. En Florencia era donde se determinaba aquel movimiento científico que iba á elevar al arte á un grado mas alto del que se habia visto en el siglo precedente, aunque haciéndole perder algunas de sus mas preciosas cualidades.

Rafael que habia bebido en Perugia en la fuente del arte sencillo y religioso de la edad media, conocia la necesidad de apropiarse los nuevos progresos á que la ciencia conducia á la pintura. Fue á Florencia en 1503 y permaneció en 1504. Obligado á pasar á Urbino por causa del fallecimiento de sus padres, volvió en 1505 á la ciudad

de Médicis donde permaneció hasta 1508. Tuvo dos maestros; uno fue Bartolomeo su contemporáneo que á un buen estilo de dibujo unia colorido muy rico y mas armonioso que el de sus rivales; el otro Masaccio que muerto en el siglo precedente habia dejado en la capilla del *Garnine* modelos en que Rafael podia encontrar reunidos la graciosa sencillez de la edad media que tanto amaba, y el principio de aquel estilo hácia el cual se dirigia todo el arte moderno de su siglo.

Por grandes que fuesen sus deseos de ponerse desde luego en armonia con los progresos que diariamente hacia la pintura, los cuadros que ejecutó en Florencia que son numerosos, llevan aun la impresion fiel de las lecciones y de los ejemplos del Perugino. La sobriedad casi desnuda de la composicion, la claridad de los tonos, la exactitud un poco seca del dibujo, la dulzura de las expresiones, causan aun el mayor embelaso; esto es lo que llaman el primer estilo de Rafael, y hay personas que le prefieren á los que despues siguió.

Fortificado Rafael por los estudios que habia hecho, trató de luchar con Leonardo Vinci y Miguel Angel en el lugar mismo de su triunfo, y se dirigia á Florencia á solicitar obras dignas de sostener la comparacion con las de aquellos dos maestros, cuando fue llamado á Roma. El papa Julio II despues de haber abierto la carrera á su genio, quiso coronar por la gloria de las artes la supremacia que habia dado á la santa sede por la habilidad de sus negociaciones y por la fuerza de sus armas; confió á Bramante su arquitecto el cuidado de elevar templos y palacios que llegasen á la altura de sus grandes miras políticas. Bramante hizo que fuese á Roma Rafael que era pariente suyo. Julio II acogió con benevolencia al jóven artista que á la sazón tenia la edad de 25 años; le encargó de decorar las salas del Vaticano, y le mandó empezar sin dilacion por la que llaman *della Segnatura*.

Los cuadros que Rafael habia ya compuesto hubieran bastado á immortalizarle. Pintando la sala della *segnatura* se colocó fuera de toda comparacion. Como aquella sala servia de introduccion y por decirlo así de prefacio á todas las demas; quiso formular con su pincel los pensamientos que segun él presidian al desarrollo de la historia humana cuyos principales sucesos debia colocar en las salas siguientes. Eligió por objeto de los cuatro frescos que componian la primera, cuatro objetos abstractos: la teología, la filosofía, la poesia y la justicia. Representó á la teología por la *disputa de los doctores sobre el Santísimo Sacramento*; á la filosofía por la *escuela de Atenas*; á la poesia por el *parnaso*, y á la justicia por la *jurisprudencia*. Así es como se llaman las cuatro grandes páginas de esta sala.

Rafael empezó por pintar la *disputa del Santísimo Sacramento*. En él se encuentra el mas bello esfuerzo de su primer estilo; aquella limpieza de tonos, aquella viveza tranquila de expresiones y defectos que constituyen el carácter de las pinturas religiosas de la edad media y el sello particular de la escuela del Perugino: seguramente no seria fácil encontrar una forma mas apropiada al objeto. La *escuela de Atenas* que Rafael pintó en seguida presenta al contrario el principio de su segundo estilo: aquí todo es mas sabio, mas vivo, mas razonado; las luces están contrastadas por la sombra; los grupos delineados con una habilidad mas calculada; el carácter de las figuras es menos divino, pero tiene una especie de profundidad humana y reflejada que proviene de una época mas dudosa y filosófica.

Mientras que Rafael se ocupaba en esta composicion, Miguel Angel á quien Julio II habia hecho asimismo venir de Florencia para reunir en Roma todo lo mas notable que habia en el mundo, decoraba el ciclo rasado

la capilla Sistina. Diceu que Bramante que como arquitecto tenia las llaves de la capilla, la abrió á Rafael en ausencia de Miguel Angel para enseñarle los trabajos de su rival; añade que al efecto que su vista produjo sobre el pintor de Urbino se debe la diferencia que se advierte entre el estilo de la *Disputa sobre el Santísimo Sacramento* y la de la *escuela de Atenas*. Mas esta anécdota ha sido desmentida; no era necesaria esta casualidad para la transformacion que se hizo en el ingenio de Rafael; hacia ya tiempo que trataba de rivalizar con el vigor y la ciencia de Miguel Angel; y como hemos dicho, habia ya estudiado en Florencia su carton de la *guerra de Pisa*.

Otra cosa tuvo sin duda mucha mayor influencia sobre la nueva direccion del grande artista. En aquel tiempo la antigüedad salia de su sepulcro. Roma la antigua revivia en la nueva Roma; la literatura latina se habia restaurado en Italia; las obras maestras del estatuaria y de la arquitectura antigua salian poco á poco de aquel suelo que las habia ocultado durante los siglos de barbarie. El carácter ideal que respiraban aquellas obras estimuló vivamente á Rafael que tenia una predisposicion natural para conocer é imitar lo perfecto. Desde aquella época, para representar los principales personajes de la *Escuela de Atenas*, se sirvió de los bustos de los filósofos que recientemente se acababan de descubrir: se esforzó para poner en armonia el acierto con la elegancia austera de aquellos fragmentos, y puso tambien su espíritu en el conjunto de la composicion.

Si nos estendemos tanto sobre estas dos obras es porque en ellas se halla toda la historia del talento de Rafael. Su ingenio fue uno de aquellos raros presentes que la naturaleza solo hace á largos intervalos y á algunos seres privilegiados. Permítasenos sin embargo interrogar los secretos y explicar los efectos. Si Rafael adquirió una gloria que le hizo superior á sus contemporáneos, fue por haber representado simultáneamente las dos tendencias de su siglo. Miguel Angel tiene acaso mas originalidad que Rafael: nada tomó mas que de sí mismo, mientras que Rafael hace consistir toda su gloria en llevar al último grado de perfeccion todas las cualidades de sus rivales. Miguel Angel es un coloso de fuerza y magestad, y jamas hombre ninguno mereció mejor que él el nombre de creador. Pero Rafael es la expresion mas sublime y mas completa de su tiempo. Participa como su siglo de todas las santidades sencillas de la edad media; como su siglo, se distingue por el estudio y la cultura de la antigüedad; y últimamente es como su siglo cristiano y pagano, religioso y filósofo. He ahí su gloria suprema é inmarcescible.

Despues de haber pintado esta primera sala del Vaticano emprendió Rafael una innumerable multitud de obras que ocuparon los doce últimos años de su vida, y que los límites de nuestra biografía nos impiden enumerar y examinar con detencion. Para tantos trabajos se hizo ayudar por los discípulos que se reunieron en dardador suyo, y que le formaron una especie de corte en medio de la cual vivia con todo el lujo y autoridad de un príncipe. El pincel de Julio Romano, el de Francisco Penni, el de Juan de Udino y otros infinitos ejecutaron bajo su direccion las obras cuyos dibujos, y á veces el modelo les daba él mismo. El fue tambien el que extendió en Italia el uso del grabado. Este arte inventado en Florencia en el siglo precedente por Tomaso Finiguerra era aun de una ejecucion muy limitada y difícil, aunque Alberto Durero le habia perfeccionado en Alemania. La correspondencia que Rafael estableció con aquel grande artista, le puso en estado de conocer su método y hacerle aplicar á vista suya por Marco Antonio Raimondi, que desde entonces esparció por toda Europa, no como se cree los cuadros de su maestro, sino dibujos que este hacia expresamente para el grabador.

Leon X, que sucedió á Julio II en la cátedra de San Pedro, no trató á Rafael con menos distincion que su predecesor. Encargado de continuar su trabajo en las salas del Vaticano, el pintor representó bajo formas tomadas de la historia de la edad media los resultados que la política de Julio II y de Leon X habian seguido para la exaltacion de sus pontificados. *La misa de Bolsena, el castigo de Helindora, la libertad de San Pedro, la invasion de Atila, el incendio del Storga* son las mas admiradas de todas aquellas obras, y en las que se conoce que trabajó mas el maestro.

Rafael sucedió á Bramante en el cargo de arquitecto de la santa Sede: en calidad de tal hizo construir el patio del Vaticano que se llama *patio de los aposentos*: despues de haber guarnecido la circunferencia de las galerias, trató de decorarlas. Acababan de descubrirse las termas de Tito; y en ellas se habian admirado multitud de arabescos. Rafael, que se hallaba dominado de una viva pasion hácia las artes de los antiguos, quiso emplear en los aposentos del Vaticano este género de decoracion, el cual enriqueció por el uso del método que asimismo tomó del paganismo, la alegoría.

A su cargo de arquitecto reunió muy luego el de superintendente de las antigüedades. Leon X le mandó presidir las escavaciones que se hicieron en Roma, y restablecer en la ciudad eterna los monumentos de lo pasado cuyos vestigios pudiesen encontrarse. Rafael se ocupó de estos trabajos durante los últimos años de su vida; y segun un contemporáneo suyo, ninguno habia estudiado la ciudad de Roma ni la conocia mejor que él. Conociendo que el arte romano no era mas que una imitacion del arte griego, quiso remontar á los manantiales de este y envió á la Italia meridional y aun á la Grecia dibujantes que á nombre suyo explorasen todos los monumentos y todas las obras de un gusto mas puro que subsistiesen aun en aquellas comarcas. Facil es de conocer la utilidad que debió sacar de sus descubrimientos en la serie de sus trabajos. Pero donde Rafael dió á conocer todo lo que debia á la antigüedad y lo que de ella se habia apropiado no solo de su gusto sino de su espíritu, fue en los cuadros de Galatas y de la fábula de Psiquis que pintó en el palacio que Agustín Chigi el mas rico negociante de su tiempo habia hecho edificar en el Transtevere.

Así es que á medida que se adelantó en la carrera de Rafael, se le vé marchar cada dia con mas anhelo hácia el estudio y la imitacion de los antiguos. Su genio tiene en cierto modo dos polos, el cristianismo forma el uno, el paganismo el otro. Sucedió que en aquella alma tan admirablemente docta se mezclaron la castidad cristiana y la voluptuosidad pagana; y de aquella fusion hecha en el seno de la naturaleza mas delicada de los tiempos modernos salió el tipo ideal de la Virgen, que Rafael reprodujo tan amenudo en medio de las demas obras y con una gracia cada vez mas pura y sorprendente. La cabeza de la MADONA es por decirlo así el punto de interseccion en que se encuentran las dos inspiraciones que presidieron á la vida de Rafael. Es el resumen de su existencia y de su ingenio, la expresion mas elevada del modo de sentir del pueblo italiano, y el producto mas poético de la civilizacion del siglo XVI.

El pincel de Rafael adelantaba cada dia tanto como su talento. Habia tambien adquirido fuerza, vigor y movimiento en el dibujo. Ademas, la escuela naciente de Venecia habia empezado á dar á las cualidades del colorido un impulso superior á todo lo mas vivo y ardiente que se habia podido producir ó esperar, y Rafael que nunca quiso permanecer inferior á las escuelas rivales de la sava, puso su atencion en aquellos nuevos progresos, y quiso tomar parte en ellos. Habia perfeccionado su dibujo por la escuela de Miguel Angel, de los Florentinos y de la

antigüedad; quiso perfeccionar su colorido por la imitacion de los Venecianos. Aquel esfuerzo constante de su genio para llegar á una expresion á la vez mas elevada y de mayor animacion, determinó en él una mudanza, y dió lugar á lo que se llama su tercer estilo.

Se considera como del último estilo de Rafael la Batalla de Constantino que Julio Romano pintó despues de la muerte de su maestro sobre sus dibujos, y los célebres cartones que existen en Inglaterra en el palacio de Hampton Court, y que habian sido compuestos para servir de modelos á las tapices que Leon X hizo tejer en las ricas fábricas de Flandes. En aquellos admirables cartones se advierten las que representan á *S. Pablo predicando en Atenas: la posesion milagrosa: S. Pedro y San Pablo sanando cojas: la adoracion de los reyes: los discipulos de Emaus: la degollacion de los inocentes, y la ascension de Jesucristo.*

La obra maestra del tercer estilo de Rafael es el cuadro de la *Transfiguracion*, la mas célebre y la última de sus obras. Esta magnífica concepcion, que fué objeto de tantos comentarios, inspiró á Vasari, discípulo de Miguel Angel las palabras siguientes. «Este último término de la pintura marca tambien el último término de la vida del pintor (1).»

Rafael murió de edad de 37 años el 7 de Abril de 1520. Parece difícil que hubiese podido nunca excederse á sí mismo; pero es cierto que si hubiese vivido algunos años mas hubiera recibido el capelo cardinalicio. Su ambicion que acaso aspiraba á reunir á la potencia del ingenio la de la autoridad mas elevada que habia entonces en el mundo, le habia aconsejado permanecer siempre en estado de tener entrada en las dignidades eclesiásticas. Si Rafael auxiliado por su poderosa clientela hubiese llegado á ser pontífice, ¿puede preverse cual hubiese sido el porvenir del catalinismo y el del arte? Rafael fué expuesto en su palacio, al lado del cuadro no concluido de la Transfiguracion. Su muerte ocasionó un sentimiento universal. A su entierro concurrió todo lo mas grande que existia en Roma, que á la sazón era aun la capital del mundo; y su cuerpo fué colocado en el panteon romano, donde el cardenal Beaulieu escribió su epitáfio. Su nombre es casi sinónimo de la perfeccion del arte. Su genio es una de las mas bellas glorias de la humanidad.

Los cuadros del gran Rafael que posee nuestro Museo de Madrid, son los siguientes, habiéndose traído á él los cuatro que existian en el Monasterio del Escorial.

1.º *La Sacra familia.*

2.º El admirable lienzo conocido por el Pismo de Sicilia que representa á *Jesucristo caminando al Calvario.*

3.º Un retrato de *Sassoferrato*, célebre jurisconsulto del siglo XIV.

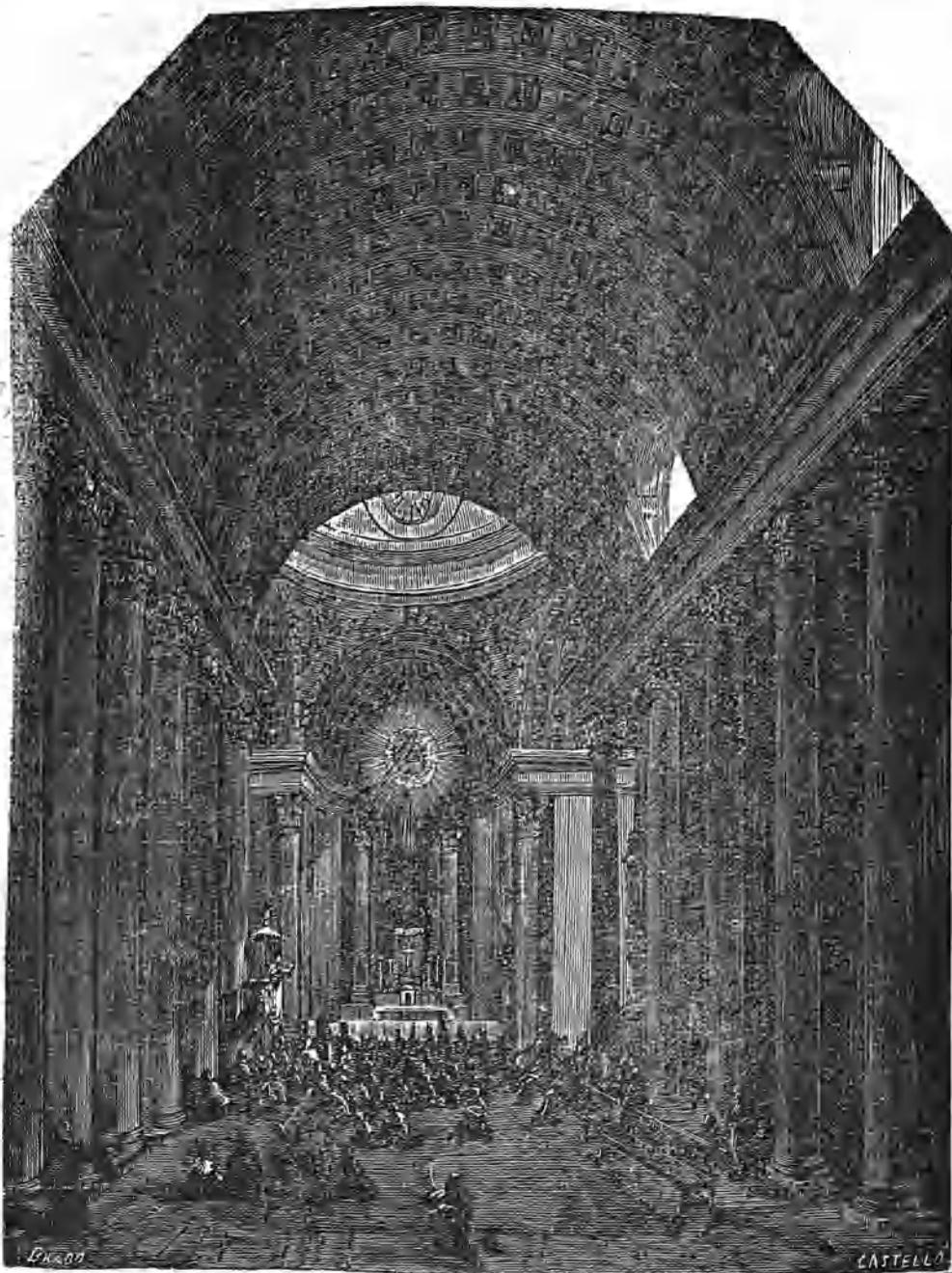
4.º *La visitacion de nuestra Señora á Santa Isabel.*

5.º *Nuestra Señora con el niño y San Juan leyendo el agnus dei.*

6.º *La Virgen y el niño*, célebre cuadro conocido or *La perla.*

7.º El otro igualmente célebre conocido por *La Virgen del Pes.*

(1) De este cuadro, el primero del mundo, hay en las salas de la academia de San Fernando una admirable copia, hecha por Julio Romano, discípulo predilecto de Rafael.



EL ORATORIO DEL CABALLERO DE GRACIA.



Entre las varias construcciones modernas que señalaron en Madrid la restauración de la buena arquitectura merece especial mención el oratorio de la Congregación del Santísimo Sacramento, conocido por el del Caballero de Gracia, sito en la calle del mismo nombre.

Este ejemplar sacerdote, llamado *Jacobo de Grattis* fue natural de Módena, y caballero de la orden de Cristo, y vivió en esta calle hasta la edad de 102 años en que murió, y fue enterrado en la iglesia del convento de monjes franciscanos á que había cedido su propia casa, y ha permanecido tal hasta que fue cerrado en 1837. Parece del caso hacer aquí esta distinción para que no se siga confundiendo á este Jacobo Grattis con el otro llamado Jacobo Trezzo, escultor y fundidor de Felipe II, pues la casualidad de vivir este en Madrid á un mismo tiempo y calle inmediata á que dió también su nombre (Jacome-Trezzo) ha sido causa de que Dávila, Quiñano, Pon-

otros historiadores de Madrid le hayan creído uno solo.

No contento el celo religioso de nuestro Caballero de Grattis con haber cedido su propia casa á aquel convento, fundó también la Congregación del Santísimo Sacramento, que labró á sus espensas en 1654 el oratorio de que hoy nos ocupamos, el cual fue reconstruido á fines del siglo pasado por el digno arquitecto D. Juan de Villanueva, y sacando el mejor partido posible del escaso terreno, y de algunas otras circunstancias á que hubo de atenerse, supo darle aquella forma elegante y sencilla que distinguen especialmente todas las obras de este célebre artista, de que vamos á hacer una ligera reseña en justo homenaje á su privilegiado talento.

D. Juan de Villanueva nació en Madrid á 15 de setiembre de 1739 de familia artística, y dirigido por los buenos estudios obtuvo varios premios y una plaza de pensionado en Roma donde permaneció siete años en el estudio de bellas artes. Restituido á Madrid y distinguiéndose por sus conocimientos le enviaron á Granada á sacar los diseños de las antigüedades de la Alhambra y después se estableció en el sitio de S. Lorenzo á las órdenes

del religioso obrero y con un corto salario para empaparse en el estilo de Juan de Herrera y Juan Bautista de Toledo. Distinguióse allí por la fábrica de la casa del consul francés y otras, y mas adelante por las lindas casas de campo del príncipe é infantes, por lo que fue nombrado arquitecto de SS. AA. Pero lo que debe llamar sobre todo la atención fue el atrevimiento con que emprendió la mudanza de la escalera, zaguán y puerta de la gran fábrica del real monasterio y la felicidad con que conservó el todo de la idea general de tan respetable edificio. Su mérito le fué sucesivamente proporcionando nuevos honores hasta los de director de la academia de S. Fernando, arquitecto y fontanero mayor de S. M. y de la villa de Madrid, intendente honorario y otros; siendo tal su crédito y consideración en la corte, que muerto en 1811 con general sentimiento, fué depositado públicamente su cadáver en la capilla de Belen propia de los arquitectos en la parroquia de S. Sebastian, distinción muy singular en aquella desgraciada época.

Sus muchas y magníficas obras están diseminadas en todo el reino; y en Madrid acreditan su excelente gusto la iglesia del Caballero de Gracia. (La vista interior de este bello oratorio que ofrecemos hoy á nuestros lectores ha sido tomada por el joven profesor D. Antonio Bravo, y nos parece llena de exactitud é inteligencia.) El balcon de las casas consistoriales, el teatro del Príncipe, la entrada del jardín Botánico, el cementerio de la puerta de Fuencarral y lo construido por él de la plaza Mayor. Pero sobre todo lo que immortaliza el nombre de Villanueva es el magnífico Museo del Prado, cuya vista y descripción dimos en la entrega 25 del año último.

UN CUENTO DE VIEJA (1).

Qorque habeis de saber que el que no cree en brujas, no cree en Dios; que hay gentes tan tercos que dicen que esas son fantasmas de las viejas, y acontecimientos que se cuentan para dormir chiquillos; pero es porque no han visto lo que estos ojos que han de comer la tierra. — Así hablaba la tía *Caquirucha*, sentada á la puerta de su humilde figon, á una familia de pobres espigadores, que buscando un abrigo á los ardores del sol, se guarecian durante la siesta á la sombra de la seca espadaña hacinada en la lechambre de la casucha. Ni Goya pudo imaginar en sus ratos de inspiración un grupo tan pintoresco como el que formaba esta coleccion de entes atezados y miserables; ni Hoffmann en sus momentos de embriaguez, soñar tamaños abortos como los que narró á su auditorio la respetable posadera con una gravedad doctoral. Cinco eran los oyentes que rodeaban á la vieja, sin contar en este número á un galgo mestizo, con mas hambre que cola, y mas olfato en las narices que lastre en el estómago; pero yo me creo dispensado de describir sus trages y respectivas actitudes, porque todo cuanto pudiera decir sobre el particular se halla sobradamente expresado en la lámina á que se refiere este artículo, la cual puede consultar si gusta el curioso lector. Solo advertiré, porque esto no lo dice la lámina, que aquella venerable anciana que apoyada en su báculo mira fijamente á la joven espigadora, es una mendiga ambulante, conocida en toda la comarca del cuadro por el sobrenombre de la *cartuja*, y que á fuer de verdadera cosmopolita antes de ayer pedía limosna á la puerta de una iglesia en Daimiel, ayer compraba

dos cuartos de flor baja en el estanquillo de Almagro, y hoy pasa la siesta oyendo consejas en la quinta-hospedería-figon de la madre *Caquirucha*. Item mas, la redoma que se halla colocada sobre la grosera meseta, no es la del famoso encantador Villena, que por espacio de tantos siglos contuvo el espíritu del hechicero marqués, y que rota en estos tiempos por la mano de Garabito, entre nubarrones espesos de humo, ha lanzado una lluvia continuada de oro sobre la empresa de teatros. La redoma de nuestro dibujante en cuestion, es una redoma plebeya que nada debe á la majia antigua ni á la moderna, que á falta de espíritus contiene vino manchego, y que solo sirve para remojar la palabra, como dice la gente vulgar, ó para humedecer las fauces, como decimos los cultos, de la habladora viejezuela.

Vuélvese á añadir en este punto el hilo del interrumpido discurso y la *Caquirucha* continúa: «Pues como os iba diciendo, sabed de tan cierto que hay brujas como que nos habemos de morir, y que deprenden las artes malas con el demonio ó quien quiera que sea (porque esto no está averiguado) y hacen mal de ojo á las criaturas, y se llevan por los aires á los grandes cuando se les antoja y arman danzas y orquestas en las nubes cuando se muere un escribano. Tambien hay *saludadores*, aunque es, los pobres van ya de capa caída desde que ahorcaron á dos en una semana, y chuscarraron á otro en un horno como si fuese un lechoncillo. No hay que decir que esto es mentira, porque ha pasado en mis tiempos, y me acuerdo ó tosdia del corregidor que los sentenció; como que le lavaba la ropa mi agüela, que en paz descanse. — ¿Y los saludadores matan? dijo á esta sazón uno de los oyentes, el escusado chiquillo que apoya una mano en el hombro de la espigadora. — No, hijo mío, continuó la vieja, porque no son médicos de profesion. Es verdad que deprenden algo de yerbas, y que tienen pato con el demonio; pero son unos tios campesbres, así como tu padre que está presente, que andan de quassquiera modo, y no gastan faldones, ni baston con bolras, como los dadores, de que Dios nos libre. Los saludadores, para que lo entiendas, son unos hombres que se pasan una barra ardiendo por la lengua y no se queman; que sacan tan frescos una moneda de una caldera de aceite hirviendo, sin calentarse siquiera las manos, y que pisan con los pies descalzos sobre las ascuas, como tú andas sobre una parva de trigo. — ¿Pues cómo es, replicó de nuevo el chichuelo, que ese saludador que V. cuenta salió chuscarrado del horno? — Porque el diablo se descuidó aquel día, repuso la *caquirucha*, y no se acordó de hunteerle antes de que le encajaran en él. — Tambien hay, añadió despues tomando un poco de aliento, difuntos, que se aparecen, y duendes que regiolven las casas, y entran y salen haciendo visages feos y temerosos. Esta casa que veis, donde vivo yo á Dios gracias como buena cristiana, era del mismo amo de aquel molino que hay allá abajo junto á la alameda, que por mal nombre le llaman el *molino del duende*, y cuando yo era chiquitica sucedieron en él unas cosas, que dá espanto el uirlas. — ¡Ay! cuéntelas V, cuéntelas V.; exclamaron á la vez todo los circunstantes con la mayor algazara. Cuéntelas V., repitió la chiquilla, dejando de roer una torta que tenia entre las manos..... La vieja hizo un gesto afirmativo, los oyentes ahrieron las bocas para escuchar mejor, el perro enfiló el hocico en la direccion de la torta, y la historia tuvo principio de la siguiente manera. —

«Pues señor, habeis de saber que hará como cosa de 70 años, día mas ó menos, que el abuelo del Sr. Facó el herrador del lugar, tenía tratos y contratos con el tío Antonio el molinero, y este tío Antonio tenía una mujer muy arrogante y bien parecía, que se llamaba Juana, Pues señor, habeis de saber, que por este tiempo había

(1) Véase la lámina del domingo anterior.

en el pueblo una bruja muy ladina que llamaban la tia Garrucha, la cual traía encasados á muchos matrimonios, y daba los malos á quien quería; y se escapaba de noche por la chimenea dando ahullidos como una loba, y hacia cosas tan fuera de lo que es natural, que quitaban la montera, y la hacían el mondio de puro miedo y asuros que les daba su hechicería. Pues señor, como iba diciendo, el abuelo del Sr. Facó, que era hombre de malas mañas y andaba siempre hecho un perdío, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se metió un día de rondón en casa de la Garrucha, y la pidió que hiciese de manera que le diese el tío Antonio su molino, y que la Juana le quisiese á él y no quisiese á su marido, como Dios manda. Habíais de ver allí, como la bruja escomenzó á hacer redondeles en el suelo con una vara de junco, diciendo muchas oraciones en latín y no sé cuantas palabras, y como dió una patada en un ladrillo, y el ladrillo se levantó, y salió un bote de ojalata, y del bote de ojalata salió un monigote muy feo con unos vigotazos... —Pues señor, vamos á lo principal que es el probe molinero, el cual saliendo una noche para el pueblo con una carga, al llegar muy cerca de la huerta de Panucho, vió una mujer sentada en una piedra que le pidió de limosna un poco de arcina para hacer una torta. El que tenía muy buenas entrañas y hacía muchas caridades, unas que se la dió sin pensar en tal cosa y siguió su camino.

Vamos á que cuando venía de vuelta, se topó á la misma mujer que encarándose con él, le dá un cacho de torta, y le dice: «Como, Antonio, que tendrás necesidad, y arrea la mula de prisa que haces falta en el molino, y tu mujer está con un fraile.» Entonces el probe mozo echó á andar, y sintió un desfallecimiento tan grande en el estómago que se comió la torta; pero apenas hubo acabado de tragarla, cuando los demonios se le repartieron por el cuerpo, y empezó á echar humo por las narices y por la boca, y á torcer los ojos y dar unos gritos tan feroces que la mula espantada derribó los costales y echó á correr por los campos sin poderse contener. Por fin, arrastrando y como pudo el desdichado Antonio se volvió á su molino cuando vió que por una ventana se descolgaba un fraile de San Francisco con unas barbas que daba espanto al mirarle. Entró todo asustado en su casa, y busca por aquí, busca por allí, mas que no encontró á su mujer. Pues señor, empieza á sentir un ruido como si arrastrasen cadenas, y un rumor de cerrojos, y un caer de peñascos sobre el techo quebrantando las tejas, que parecía que Dios le llamaba á juicio, y que se hundía la casa. ¡Ay, se me olvidaba decir que la rueda del molino andaba ella sola sin que uside la tocara, y que todo el trigo se puso negro como si le hubieran desazumado con azufre. Pues señor, el probecico Antonio, sin saber lo que se hacía, echa á correr río abajo, sin parar un minuto, y al llegar á la charca de la perdiz, como quien vá al camino de Madrid, se sienta en una piedra á descansar; cuando cáta que sale del agua un monigote muy feo con un gorro colorado en la cabeza, y después de aquel sale otro, y después otro; en fin hasta doce monos todos con gorros de color: luego que los vió se puso á tiritar como un azogue; pero ellos sin hacerle daño ninguno se pusieron á armar un baile muy extraño, haciéndoles el son desde las nubes con panderos, no se sabe quien; pero yo aprendo que serían los diablos, porque ¿quién sino ellos se había de poner á cantar á aquellas horas? Pues como iba diciendo, después que arremataron el baile, sacaron una red muy larga, muy larga, y se pusieron á pescar; y á poco tiempo sacaron un pez que tenía una cabeza muy disforme y una cola lo menos de dos leguas; cuyo pez así que se sintió

fuera del agua comenzó á quejarse y á llorar como una criaturita recién nacida. Pero esto no es nada: ya vereis, ya vereis.—

Aquí la Caquirucha hizo una breve pausa para dar un tiento á la redoma, y prosiguió así: «Estábamos en el pez que lloraba como un niño, y ahora sabreis, que después se apareció en una nube la misma mujer de la torta, que según se dice era ni mas ni menos que la tia Garrucha, la bruja de quien hablamos antes. Es de advertir, que esta hechicera, como todas las demas personas que deprenden la magia negra, se mudaba la fisonomía del rostro cuando se le antojaba, y así es que el molinero no la conoció. Pues señor, traía un candil en la mano zarda, y una nabaja en la derecha; dió con la luz en los ojos al pez, el cual al continente se puso tan manso como una paloma y dejó de llorar, abriole el pecho la bruja con la nabaja, y le sacó una vegiguita, le hechó á la charca, y al instante, y como mano de sauto se desepararon las aguas y salió de ellas un cuervo con alas blancas, que comenzó á revolotear hasta que apagó la luz. Entonces la tia Garrucha cogió al probe Antonio de un brazo, y montándole á caballo encima del cuervo, le dijo: «Tente firme y no tires que en dos horas te voy á llevar á Valencia para que veas á tu mujer.» Y como si fuera un relámpago echaron á volar los dos, y otondia no se ha guelto á saber lo que se ha hecho del probecillo.

—¿Y la molinera (dijo con vehemencia y prontitud la jóven espigadora) qué se hizo después de ese acontecimiento prodijoso?— La molinera, continuó la vetusta, anduvo rodando por el mundo, hasta que se acomodó á servir en casa del picaron que seleccionó la perdición de su marido, y malas lenguas dicen... pero dejemos de murmuraciones porque á cada uno su alma en su palma. —Vamos á que desde el día en que Antonio se fué por los aires caballero en el cuervo, nada se atrevió á acercarse al molino ni á pescar en la charca, porque se sentía un ruido que daba pavor, así como si arrastraran cadenas por el suelo y dieran aldabazos en las puertas: á mas de esto, todas las noches á la misma hora se veía asomar un candil en la ventana que cae á la acequia, y se oían unos gemidos como los que dan las almas en pena; por lo cual dieron las gentes en decir que aquel molino era del duende; y habiendo ido el señor cura y la señora justicia, con el guisopé y los santos evangelios á echarle de allí, tuvieron que volverse atras porque no pudieron resistir el fetor del azufre que había alrededor de la casa, y porque vieron salir por la misma ventana donde estaba el candil un brazo largo y seco envuelto en una manga de fraile.

Al llegar á este punto los dos chiquillos sobrecogidos de pavor creyendo ver ante sus ojos el fraile de la manga, se arrojaron en los brazos de su madre haciendo un gesto simultáneo de espanto: entonces el perro acrechador se avallanzó de un salto sobre la torta que quedó abandonada en el suelo; la Cartuja dió un grito y enarboló el garrote para pegarle; entre estos vaivenes la frágil mesa pierde el equilibrio, y la redoma rueda con estruendo haciéndose mil pedazos contra las piedras, y rociando la seta arena con el heor de Becu: la Caquirucha se levanta enfurecida de su asiento y vomita imprecaciones contra los chicos y los perros; la espigadora imita su ademán y la devuelve injuria por injuria y manoteó por manoteó; el marido sale á su defensa, y jura no volver á pisar el humbral de la hospedería... ¡A Dios placidos coloquios! ¡A Dios envidiable paz de la cabaña! El miedo de un chiquillo y la golosina de un galgo acaban de derrocar en este punto tu imperio: la civil discordia ha arrojado ya su fatal manzana sobre esa mesa de pino, y dado brasa fin al cuento de la vieja.

EL REY EN LA PROCESION.

(Conclusion. Véase el número anterior).

III.

Son treinta dias despues,
y el mismo lugar y hora,
la misma vieja y los chicos
con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
sigue en paz, aunque se nota
que todos tienen los ojos
del mancebo en la faz torba.
El, sin embargo, en silencio
prosigue atento su obra,
sin levantar la cabeza
que sobre el pecho se apoya.
Tan doblada la mantiene,
que apenas la llama roja
que dá la luz, alumbrarle
las cejas fruncidas logra;
Y alguna vez que el reflejo
las negras pupilas toca,
tan viva luz reberberan
que chispas parece brotan.
La verdad es, que una lágrima
que á sus párpados asoma,
viene anunciando un torrente
en que el corazon se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
de los suyos la congoja,
á duras penas le tiene
dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato así estuvieron
en atencion afanosa,
todos mirando al mancebo,
y este mirando á sus hormas;
Hasta que al cabo Teresa,
mas sentida ó mas curiosa,
le dijo: —¿estás malo, Blás?—
y á su voz limpia y sonora
siguió otro largo intervalo
de larga atencion dudosa.
Nada el hermano responde,
mas ella su afan redobla;
que no hay temor que la tenga
la valla de una vez rota.
—¿Cómo estás tan cabizbajo!...
y aquí Blás interrumpióla.
—¿Y qué tengo que decir
á quien sin padre y sin honra
debe vivir para siempre?—
Y aquí la familia toda
rompió en ahogados sollozos
á tan infausta memoria.
Sosegóse, y siguió Blás
en voz lamentable y honda,
—El rico, y nosotros pobres,
débil la justicia y poca,
y el rey en caza y en guerra.
¿Qué puede alcanzar quien llora?
—¿Qué, por libre se atrevieron...
—Poco menos, pues sus doblas
pudieran mas con los jueces
que las leyes.—
—Las ignoran!—
dijo indignada Teresa.
—No, hermana; las acogotan!
contestó Blás, sacudiendo
su mazo con ciega cólera.
Siguió en silencio otro espacio,
y otra vez Teresa torna.

—¿Mas la sentencia cual fué,?—
dijo y calló vergonzosa.
—¿La sentencia? gritó Blás
reveliendo por las órbitas
los negros y ardientes cjos.
—¿La sentencia pides? óyela.—
Todos se echaron de golpe
sobre la mesilla coja,
que vaciló al recibirles,
á cir lo que tanto importa.
—¿Sabéis que el de Colmenares
hoy pingüe prevenda goza
en la iglesia, y que á Dios gracias
y á mi diligencia propia
se le probó que dió muerte
á padre (que en paz reposa).
Pues bien, no se porqué diablos
de maldita gerigonza
de conspiracion que dicen
que con su muerte malogra,
dieron por bien muerto á padre
y al clérigo...

—¿Le perdonan?
—No, vive Dios, le condenan;
mas ved que dogal e ahoga!
condenarle á que en un año
no asista á coro, mas cobra
su renta, es decir, le mandan
que no trabaje y que coma.

Tornó á su silencio Blás,
y á sus sollozos la moza,
ella cosiendo sus cintas,
y él machacando sus hormas.

IV.

Está la mañana limpia,
azul, transparente, clara,
y el Sol de entre nubes rojas
espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
músicas, vivas y danzas;
todo movimiento el suelo,
toda murmullos el aura.
Cruzan literas y pages,
monges, caballeros, guardias,
vendedores, alguaciles,
penachos, pendones, mangas.
Flota el damasco y las plumas
en balcones y ventanas,
y atraviesan besamanos
donde no caben palabras.
Descórrense celosías,
tapices visten las tapias,
los abanicos ondulan,
y los velos se levantan.
Cuántas hermosas encierra
Sevilla á su gloria eaca,
cuántos buenos caballeros
en sus fortalezas guarda,
ellos porque son galanes,
y ellas porque son bizarras,
las unas porque la adornen,
los otros para admirarlas.
Oyense al léjos clarines,
y chirimías y cajas,
y á lengua suelta repican
esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
armados hasta las barbas,
ni el pálido rostro asoman
las bellas amedrentadas;
que no doblan los tambores
en son agudo de alarma,
ni las campanas repican
á rebato arrebatadas:
Que es la procesion del Corpus
que ya traspone las gradas
del atrio, y el rey D. Pedro

acompañándola baja.
Padillas y Coroncles
y Alburquerque se adelantan
con Osorios y Guzmanes,
pompa ostentando sobrada.
Y bajo un pálido D. Pedro
de ocho pu: zones de plata,
descubierta la cabeza,
y armado hasta el cuello, marcha.

En torno suyo el cabildo
diez individuos encarga
que de escuderos le sirvan
en comision poco santa;
mas tiempos son tan ambiguos
los que estos monjes alcanzan,
que tanto arrastran ropones
como broqueles embrazan.
Entre ellos se vé D. Juan
de Colmenares y Vargas,
que deja por vez primera
la reclusion de su casa.

No porque el año ha cumplido,
sino porque el año paga,
y doblas redimen culpas
si se confiesan doradas.
Rosas deshojan sobre ellos
las hermosísimas damas,
y toda es flores la calle
por donde la corte pasa.
Envidia de las mas bellas
salió á un balcón del Alcázar
la hermosísima Padilla,
origen de culpas tantas.
Hizola venir D. Pedro,
y al responderle la dama,
soltó sin querer un guante,
y ojalá no le soltára.

Lanzóse á ton ar la prenda
muchedumbre cortesana:
muchos llegaron á un tiempo,
mas nadie tomarla osaba,
que fuera accion peligrosa
aparte de lo profana.

Partiendo la diferencia
salió de la fila santa
el bizarro Colmenares
con intencion de tomarla.
Mas no bien dejó su mano
del pálio el punzon de plata,
y puso desde él al rey
cuatro pasos de distancia,
cuando un mancebo iracundo
con irresistible audacia,
se echó sobre él, y en el pecho
le asentó dos puñaladas.

Cayó D. Juan, quedó el mozo
sereno en pie entre los guardias
que le asieron, y D. Pedro
se halló con él cara á cara.

La procesion se deshizo,
volvió gigante la fama
el caso de boca en boca,
y ya prodigios contaban.

Juntáronse los soldados
recelando una asonada,
cercaron al rey algunos,
y llenó al punto la plaza
la multitud codiciosa
de ver la lucha empezada
entre el sacrilego mozo
y el sanguinario monarca.

Duró un instante el silencio
mientras el rey deboraba
con sus ojos de serpiente
los ojos del que le ultraja.

—«¿Quién eres?» dijo por fin
dando en tierra un patada.

—«Blas Perez» — contestó el mozo
con voz decidida y clara.

Pálido el rey de coraje
asióle por la garganta,
y así en voz ronca le dijo,
que la cólera le ahogaba.
—«¿Y yendo tu rey aquí,
voto á Dios ¿por qué no hablaste,
si con ocasion te hallaste
para obrar con él así?»

Soltóse Blas de la mano
con que el rey le sujetaba,
y señalando al difunto
repuso tras breve pausa.
—Mató á mi padre, Señor,
y el tribunal por su oro
privóle un año del coro,
que en vez de pena, es favor.
—Y si vende el tribunal
la justicia encomendada,
¿no es mi justicia abonada
para quien justicia mal?
—Cuando el miedo ó la malicia
(dijo Blas) tuercen la ley,
nadie se fia en el rey
medido por su justicia.—

Calló Blas, y calló el rey
á respúesta tan osada,
y los ojos de D. Pedro
bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
y al fuego de sus miradas,
de aquellos en quien las puso
palidecieron las caras.—
Temblaron los mas audaces,
y el pueblo ansioso esperaba
una esplosion en D. Pedro
mas récia que sus palabras.—
Rompió el silencio por fin,
y en voz amistosa y blandá
el interrumpido diálogo
así con el mozo entabla.—
—¿Qué es tu oficio?—

—Zapatero.
—No has de decir, vive Dios,
que á ninguno de los dos
en mi sentencia prefiero.—

Y encarándose D. Pedro
con los jueces que allí estaban,
dando un bolsillo á Blas Perez
dijo en voz resuelta y alta.
—Pesando ambos desacatos
si con no rezar cumple él
en un año, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.—

Tornóse D. Pedro al punto,
y brotó la turba osada
murmullos de la nobleza
y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rey que la fiesta
mucho en ordenarse tardá,
echando mano al estoque
dijo así ronco de rabia.

—«La procesion adelante,
ó meto cuarenta lanzas
y acaban, voto á los cielos,
los salmos á cuchilladas.»—

Y como consta á la iglesia
que es hombre el rey de palabra,
siguieron calle adelante
pálio, pendones y mangas.

Diciembre de 1839.

J. DE ZORRILLA.